

Para una caracterización del estado actual del capitalismo: ¿de la crisis a la decadencia?

Jorge Beinstein, *La larga crisis de la economía global*, Corregidor, Buenos Aires, 2000, 317 págs.

LA CARACTERIZACIÓN DEL ESTADO ACTUAL DEL CAPITALISMO es un ejercicio que para muchos analistas quedó suficientemente cubierto cuando afirmaron que el mundo entero había entrado en una nueva era: la globalización. En esta trampa cayeron o pretendieron hacernos caer no sólo los *tink tanks* y los gurús del (neo)liberalismo (en sus vertientes moderadas, tipo Lester Thurow, o más recientemente George Soros, terceristas como Anthony Giddens, radicales al estilo de Thomas L. Friedman o Kenichi Ohmae, o futurólogos como Peter F. Drucker o los Tofler), sino también pensadores herederos de cierto cosmopolitismo (Octavio Ianni) o de determinismos estructuralistas (J. M. Vidal Villa).

No obstante, poco a poco el pensamiento se ha repuesto de esa alocada fascinación por “lo novedoso del mundo” y en un elemental ejercicio de humildad ha tenido que retomar lo más provechoso de los avances recientes en la ciencia natural y social (paradigma de la complejidad, temática del caos y lo no-lineal, pensamiento interdisciplinario, etc.) y lo ha subsumido en teorizaciones que retoman lecturas de larga duración que dan el peso y la importancia que merecen al enfoque de la totalidad, la dialéctica y la dimensión histórica.

En esta línea podemos situar el conjunto de reflexiones que Jorge Beinstein nos ofrece en su libro *La larga crisis de la economía global*. El autor parte de una premisa: El milenio comienza

en medio de una crisis global iniciada en 1997 en Asia pero que hunde sus raíces hacia comienzos de la década del setenta cuando las economías de los países centrales (especialmente del Grupo de los 7) fueron desacelerando sus tasas de crecimiento, tendencia que continúa hasta el presente. Ello se combinó con una hipertrofia financiera sin precedentes en la historia que subordinó al conjunto del sistema mundial, guiada por una cultura parasitaria, cada vez más alejada de la producción.

Beinstein comienza por rechazar dos lugares comunes en la caracterización de la crisis actual del capitalismo. En primer lugar “la cronología oficial de la crisis”, que sitúa su inicio a mediados de 1997 en el momento en que Tailandia devalúa su moneda y de ahí desencadena disturbios financieros, bursátiles y cambiarios que terminan por abarcar Asia Oriental en su conjunto. En esta interpretación, la crisis se asume como un traspíe pasajero o un fenómeno regional. En segundo lugar “la causalidad del fenó-

meno”: la crisis se atribuía a “factores monetarios” y a la “especulación irresponsable”. Para ello se ensayaban explicaciones psicologistas a la “conducta ciclótica” de la franja hiperespeculadora del capital o al estilo de “los modelos de comportamiento financiero”.¹

Más allá de su superficialidad y su reduccionismo espacio-temporal y temático, este tipo de interpretación buscaba poner a salvo la lógica del modelo neoliberal: el supuesto carácter beneficioso e inevitable de la globalización quedaba a salvo de la crítica.

En un segundo momento, la crisis ya no era vista como una calamidad asiática, sino que se debía no tanto a los banqueros o la volatilidad financiera, sino a una estrategia de desarrollo equivocada (por un modelo que se apoyaba exclusivamente en el comercio exterior y las alianzas entre gobierno y grupos económicos exportadores locales); los críticos de los ex tigres centraban sus dardos en el “dirigismo estatal” (corrupción gubernamental mediante). Esta vez, la crisis hallaba su explicación en la nula capacidad de adaptación de estos países, por no estar al día o no aplicar las recetas y medidas que el neoliberalismo recomienda, por no hallarse a tono con los tiempos, por conservar rémoras del pasado.

A este tipo de proposiciones, Beinstein opone un esquema de explicación de largo plazo: el derrumbe asiático debe ser insertado

en un proceso internacional más extendido en el tiempo sembrado de depresiones, estallidos inflacionarios y desórdenes financieros que arranca desde comienzos de los setenta con la crisis monetaria de 1971 y el primer shock petrolero de 1973, siguió con la estanflación, la crisis de la deuda periférica de comienzos de los ochenta, la crisis financiera de 1987, la crisis mexicana de fines del 94 [...] En realidad el capitalismo no ha podido salir de una larga crisis que ya lleva casi tres décadas de duración (p. 26).

Además de una visión de más alcance, al autor le interesa exponer las consecuencias de la turbulencia financiera para los países de la periferia: la crisis muestra sus efectos en Asia en 1997, extiende sus alcances a Rusia en 1998, a Brasil a inicios de 1999 y parece estar a la búsqueda de nuevas presas. En la base de este proceso se encuentra un auténtico proceso de depredación financiera que succiona capitales y se apropia y expropia riquezas y activos productivos de “las economías más expuestas”.

La crisis fue adquiriendo la forma de una declinación severa en el conjunto de la periferia y comenzaba a manifestar hondas consecuencias políticas en la ola de protestas en Asia, el desbarajuste financiero en Brasil, la degradación estructural en Rusia; hasta que en marzo de 1999 se registra, en palabras del autor, “el segundo gran momento de ruptura, esta vez político-militar”. Una línea más adelante Beinstein desliza telegráficamente el contenido de su explicación, este proceso es la

prolongación de un fenómeno entrópico complejo con centro en formas parasitarias (financieras, militares, mafiosas, etc.) que van devorando aparatos productivos, institu-

¹ Como las que desde finales de los ochenta Charles P. Kindleberger expusiera en su libro *Manías, pánicos, cracs*, Ariel, Barcelona, 1991.

ciones políticas, espacios sociales conformando una dinámica irracional cuyo actor principal es lo que podríamos denominar de manera esquemática *imperialismo occidental*, es decir el polo dominante del sistema global encabezado por los Estados Unidos. El mismo no es el resultado de circunstancias pasajeras sino el producto de un largo proceso histórico, secular, que luego de sus épocas de gloria parecería haber llegado a su periodo de decadencia (pp. 33-34).

Esta tesis fundamental, el economista argentino la va exponiendo a lo largo de los siguientes seis capítulos de su libro.

El capítulo 2 se ocupará de exponer lo que el autor llama “el telón de fondo social, económico, institucional de las turbulencias”. En esta parte hará una distinción interesante entre lo que él llama *globalización virtual* (esa visión interesada de la integración subordinada de nuestras economías y la apertura de fronteras que promete “el mejor de los mundos”) y la *globalización real* que se verificó en el mundo entero, plagada de fuertes concentraciones de riqueza en el centro y en los centros de la periferia, cuya contracara se manifiesta en la expansión de la marginalidad y la miseria, la declinación y quiebra institucional de numerosos estados y “síntomas claros de entropía social”.

El autor se interesa por destacar cinco grandes hechos subestimados, ignorados o deformados, según el caso, por la propaganda neoliberal. Recupera, en primer término, las categorías de centro y periferia, y describe las formas y la magnitud que adquieren las brechas en la distribución internacional del potencial productivo (ofrece datos sobre la profundización de la brecha tecnológica y el nivel de ingresos entre los países más ricos y los más pobres). En segundo lugar, pone especial énfasis en la “concentración empresarial global” (a partir de una serie de datos comparativos entre las grandes corporaciones multinacionales en el plano de sus ventas y los activos productivos que acaparan, con respecto al poder económico de países y grupos de países pobres, se pone de manifiesto cómo el doble movimiento de “polarización del poder económico y de mutación de sus élites hacia el negocio financiero” [p. 60] ha profundizado aún más la brecha Norte-Sur). En tercer lugar, expone cómo el agravamiento de los procesos de desigualdad y exclusión social ya no es una característica exclusiva de la periferia: avanza también en los países centrales (recurre para ello en abundancia a los datos de pobreza y miseria en la periferia, de polarización en la distribución del ingreso en el mundo entero y de desempleo en los países de la OCDE; dentro de éstos ofrece incuestionables evidencias del empobrecimiento en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia). En cuarto lugar, expone la crisis del Estado moderno en sus vertientes periféricas y centrales (muy en contra de lo que sostienen los neoliberales y lo que exigen las instituciones financieras internacionales a los países pobres, el autor demuestra que en los países del Norte no se han destruido los sistemas de protección y asistencia social y los gastos públicos y sociales han aumentado en lugar de disminuir desde 1960 hasta la fecha). Por último, Beinstein da un lugar importante en su explicación a la “irrupción de fenómenos de entropía” que él ubica en el caos urbano y sus “zonas grises”, la extensión global de la corrupción, la criminalidad y las redes mafiosas, las catástrofes sanitarias y las hambrunas, los enfrentamientos étnicos, las guerras y genocidios.

La danza de los números no evita al autor ofrecer una síntesis conclusiva de cómo en su interpretación se articuló la dinámica de la crisis:

Depredación, ruina de sociedades y aparatos estatales, desocupación alta y durable, financierización y concentración de negocios causaron el creciente desorden del sistema mundial, la irrupción y expansión en su seno de fenómenos entrópicos que luego de una etapa inicial (en los setenta y parte de los ochenta) en la que se fueron instalando y consolidando, hicieron metástasis en los noventa (p. 111).

El capítulo 3 del libro expone de manera detallada lo que el autor nombra “la dinámica de la crisis”, y aunque en esta parte el autor no se limita a una teoría ni trata de verificar *a priori*s teóricos, sí se alcanzan a percibir las herencias que retoma. Para Beinstein estamos ante una larga crisis del capitalismo que tuvo como base y arrancó cuando se consolidaron las tendencias al estancamiento productivo en los países centrales (proceso este que se manifestó con la declinación global del crecimiento del producto interno bruto, el decremento en los niveles de la formación de capital con la caída de la inversión y el deterioro de las tasas de rentabilidad).

Beinstein no parece decir nada nuevo o distinto de lo ya sostenido hace tiempo por Ernest Mandel o desde la teoría del ciclo Kondratieff por los teóricos del sistema mundial. Lo que separaría al economista argentino de este último tipo de interpretaciones sería su afirmación de que el capitalismo ha ingresado o parece ingresar a una fase aguda de su decadencia. Por el contrario, los teóricos del sistema-mundo, y algunos de la dependencia como Theotonio Dos Santos, esperarían y siguen esperando (pues no hay elementos que permitan afirmar que esto ha ocurrido) el comienzo de una fase de recuperación del ciclo Kondratieff (aunque Dos Santos dictaminó la recuperación casi desde el inicio de los noventa) y el inicio de una fase de expansión que no se sabe a ciencia cierta adónde nos conducirá (pues como afirma Wallerstein, no se sabe el sendero que reconocerá el sistema capitalista inmerso como está en una gran bifurcación).

Para Jorge Beinstein, la desaceleración del crecimiento y las dificultades de colocación productiva de grandes masas de capital, incentivaron la financierización de la economía y los claros síntomas de hipertrofia financiera en el seno del sistema global.² A diferencia de otros analistas, para Beinstein el incremento de la burbuja especulativa no se debe a la lógica del mercado financiero librado a su propia dinámica y autorregulación, sino a la “la trama de comportamientos sociales que la empujan hacia adelante”

² Un dato puede darnos idea de su magnitud: las transacciones cambiarias que en 1970 llegaban a 20 000 millones de dólares diarios; que se habían multiplicado por 65 y después de 25 años involucraban 1.3 billones de dólares por día, todavía han aumentado más y se colocan en dos billones de dólares diarios en 1998 (su crecimiento se finca en el desborde del sistema bancario convencional e involucra la colocación financiera del ahorro de los futuros jubilados a través de fondos de pensión, fondos mutuos que canalizan dinero de origen diverso a la compra de papeles de todo tipo en toda clase de países —los mexicanos tenemos noticia de ello por las operaciones de corrupción y enriquecimiento ilícito en la que los Salinas de Gortari son sólo la punta del iceberg—, los contratos a futuro y el mercado de derivados, etc.). Diariamente se efectúan transacciones cambiarias por un valor equivalente al 80% de la deuda externa de los países del Tercer Mundo.

(p. 136). En primer lugar está la política de los estados centrales que desde los años setenta eligen la persistencia de un alto déficit fiscal y la desregulación de los mercados financieros para hacerse de los fondos que salden sus cuantiosas deudas públicas (si la deuda del Tercer Mundo es de 2.5 billones de dólares, la de los países de la OCDE se ubica en casi 35 billones, y en algunos países representa desde 1.7 hasta 2.5 veces el valor de su PIB, sólo que los primeros no gestionan con el FMI o el Banco Mundial para exigir austeridad).

El arreglo político entre los estados centrales y las empresas multinacionales que ahí tienen su base, para no hacer caer en éstas el peso de la recaudación fiscal, de manera acelerada encamina a las multinacionales (convertidas desde ahora en grandes agentes financieros) hacia el negocio de financiar la deuda pública. Por otro lado, los Estados Unidos elige el incremento de la tasa de interés a la que se han endeudado desde mediados de los setenta los países de la periferia, y hace padecer a estos países un *estado de imposición tributaria* (con ello se da la puntilla para que la crisis se traslade hacia la periferia).³

Otros dos componentes nutren la explicación que el economista argentino ofrece sobre esta hipertrofia financiera:

en primer lugar la transformación de la periferia en una zona de negocios rápidos de altísima rentabilidad. Privatizaciones de empresas públicas, hipervalorización de activos como inmuebles o títulos, multiplicación de bolsas de valores, etc., permitieron inyectar enormes masas de fondos excedentarios centrales que rendían ganancias no sólo más altas que las generadas por actividades industriales o comerciales, sino también con respecto a las actividades financieras tradicionales [...] en segundo lugar, lo que aparece como la última etapa de la cadena parasitaria: los negocios ilegales (tráfico de drogas y armas, prostitución, "protección", corrupción del Estado, etc.). Cada eslabón se enlaza profundamente con el otro en una secuencia donde los beneficios (y los riesgos) van aumentando (pp. 146–147).

Quizá lo más interesante del capítulo sea esta parte en la que se articulan y potencian en sus márgenes lo formal y lo informal (en el seno de las actividades productivas y en las financieras). La expansión global de un negocio financiero legal que se alimenta de negocios y actividades ilegales (que se articulan en complejas redes de poder que conservan en el centro a los polos hegemónicos de la trama) y que manifiesta un conjunto de procesos entrópicos a lo largo del mundo entero, pero con consecuencias más severas en los países pobres.

El capítulo 4 del libro pretende situar los procesos y las turbulencias de Asia en una perspectiva de largo plazo. El autor abunda en la explicación de los hasta hace poco admirados éxitos del modelo asiático: las exportaciones como motor del crecimiento, la presencia del Estado que apuntaló financieramente a las empresas e impulsó una

³ A diferencia de otras explicaciones, que arrastran fuertes legados eurocentristas y en cuya explicación de cómo el capitalismo parece encaminarse hacia la depresión no dedican un solo párrafo a los países de la periferia. Ni siquiera explicaciones como la de Robert Brenner ("The economics of global turbulence", *New Left Review*, núm. 229, 1999), se pueden librar de esa carencia.

férrea disciplina laboral. El despotismo estatal que, asociado al despotismo empresarial, deriva en crecientes complicidades en el marco de sistemas políticos autoritarios.

Beinstein elige contextualizar este proceso en el marco de lo que parecen ser tendencias encontradas: de un lado la decadencia japonesa que no encuentra visos de recuperación y del otro la emergencia de China que parece amenazar al Occidente como polo más dinámico de la economía mundial. Sin embargo, y tal parece ser el riesgo de este tipo de interpretaciones holísticas, quizá la mayor carencia del trabajo sea no haber profundizado en o sustentado esta tesis. ¿Será tan fuerte la emergencia de China y podrá o querrá ejercitar un poderío global, cuando menos en términos de polo geográfico de mayor dinamismo que arrastre a la economía-mundo en su conjunto? ¿Qué papel jugará Estados Unidos si se plantea este desplazamiento o existe siquiera la amenaza de una hegemonía en ascenso? Son preguntas que siguen esperando respuesta.

El capítulo 5, "Occidente: la crisis en el centro del mundo", nos presenta la postura de Beinstein respecto de la supuesta recuperación de la economía norteamericana, lo que ha llevado a varios entusiastas analistas a hablar ya de la existencia y bondades de "la nueva economía" como la base de esta mejoría. El autor tratará de mostrarnos qué está detrás de la prosperidad económica norteamericana de los últimos años.

Tres elementos se enumeran en su explicación: primero, la concentración de ingresos que se manifiesta en el aumento de la pobreza, la desigualdad de la distribución de la riqueza, la criminalización de la miseria (que ofrece una imagen de tasas de desempleo en reducción, pero índices de criminalidad y reclusión en aumento, los cuales se concentran en las minorías negra o latina) y la recuperación de los beneficios comprimiendo los costos salariales a la vez que se reducen los impuestos a empresas.

Segundo, la aparente recuperación de la economía que esconde una profunda crisis (pues sigue acarreado grandes déficit externos y una creciente deuda pública), con un aparato industrial en declive y un sector de servicios (sobre todo financieros) en crecimiento. Beinstein no se anda con rodeos y sostiene que

La sociedad norteamericana, el Estado, los consumidores, las empresas, dependen de manera creciente de mercancías y flujos monetarios externos, parasitan sobre el sistema global a través de un doble juego; por una parte el planeta sostiene el mercado norteamericano, motor de la demanda mundial; si el mismo llegara a hundirse, arrastraría al desastre a toda la economía internacional; por otra parte, este apuntalamiento del gigante enfermo amplía sus aspectos parasitarios (deudas, déficit, especulación financiera, etc.), lo que conduce hacia un irresistible horizonte de crisis (p. 217).

Tercero, el fenómeno de "sobre-dimensionamiento estratégico" de Estados Unidos, que para el autor se convierte en el "factor decisivo de su decadencia". Proceso que se ubica en un marco de ampliación geográfica y de la escala en la que Estados Unidos ejerce su poderío (todo ello después del fracaso del "socialismo histórico"), y de la desaceleración económica de Europa y Japón.

El capítulo 5 concluye cerrando el círculo y describe

la trayectoria geográfica de la crisis: en los setenta golpeó a las economías centrales pero éstas consiguieron amortiguar la caída e incluso seguir creciendo en los ochenta y en los noventa gracias a una combinación de transformaciones internas (que elitizaron y financiaron sus economías) y periféricas; en este último caso, los mega endeudamientos, las apropiaciones de patrimonios nacionales (remate de empresas estatales, etc.), la creación de paraísos especulativos (bolsas emergentes, auges exportadores efímeros, etc.) culminaron en masivas evasiones de fondos hacia las economías centrales (p. 235).

En el capítulo 6 del libro se describe la situación en que se encontraba la periferia y cómo, al momento de precipitarse el estallamiento de la crisis, se concatenan los procesos y dificultades estructurales que acarrearán las economías del Tercer Mundo con esta lógica parasitaria, que en la búsqueda de mayores y más rápidos beneficios desarrolla procesos macrosociales de depredación financiera, de quiebra institucional de los estados y de genuinos procesos de re-colonización.

El trayecto geográfico de la crisis (Asia del Este, Europa Centro-oriental, América Latina, el mundo árabe, el África Subsahariana) termina por abarcar al mundo entero. En cada una de las zonas periféricas existieron procesos endógenos de larga data, estructurales, factores económicos, sociales e institucionales que empujaban a estas sociedades al abismo. La articulación con los procesos de hipertrofia financiera y de ganancias en la periferia desordena aún más a estas economías, hunde sus mercados internos, acrecienta la corrupción estatal y el saqueo por parte de las élites públicas y privadas del patrimonio y la riqueza social. En cada uno de los casos, tanto la crisis como los ajustes y los programas de rescate se siguen apoyando en “la dupla Estado-empresa” y se dejan caer sobre la espalda de trabajadores, ciudadanos y consumidores. Ni en el centro ni en la periferia los procesos de reforma y reestructuración del Estado que acompañan la aplicación de las medidas neoliberales significaron la liquidación de los estados, sino su transformación “en aparatos orientados a promover los negocios de los nuevos grupos privados dominantes” (p. 242).

El último capítulo del libro ofrece no sólo una presentación resumida de las conclusiones del autor; también dibuja las líneas de un programa de investigación que por un lado supere el bloqueo neoliberal y por el otro reivindique algunas de las categorías ya avanzadas por la economía clásica para caracterizar el capitalismo.

En una apretada síntesis, la globalización aparece no como una fuerza inevitable, producto del desarrollo automático de la tecnología, sino como “una dinámica de explotación y destrucción social, triturando culturas, sistemas de sobrevivencia recientes y antiguos” (p. 282). Analizar la crisis capitalista en una perspectiva que recupere la dimensión histórica necesita acompañarse de una recuperación de categorías como las de desarrollo y subdesarrollo, entendido el segundo no como la etapa previa al primero, sino en su movimiento sincrónico y de conjunto; para Beinstein “la estructuración compleja del centro desarrollado se apoya en la desestructuración degradante de la periferia subdesarrollada” (*ibid.*). Así lo ha sido desde los inicios de la modernidad y sigue funcionando sobre la base de complejas articulaciones entre su centro y la periferia.

Entender esta unidad y conjunto que hace a la economía mundial exige también tener en cuenta su dimensión jerárquica y la actual confirmación de la hegemonía del capital financiero. En esta parte, el autor propone una lectura de largo plazo de la teoría del imperialismo. Los análisis esbozados en las discusiones clásicas de la Segunda Internacional por Hilferding, Lenin o Bujarin explican la fase temprana o emergente del predominio financiero; hoy es posible, en palabras del autor, “acceder a una visión menos influida por las esperanzas y limitaciones europeizantes de aquella escuela marxista e ir más allá de su afirmación de la especificidad capitalista-financiera del imperialismo contemporáneo para incluirla en una trayectoria más larga, multiseccular de Occidente” (p. 289). Otras dos categorías serían útiles para el análisis del capitalismo que el autor propone en su propuesta de investigación: el problema de la sobreproducción y la hipótesis de la decadencia.

El trayecto histórico del capitalismo durante el siglo XX y el panorama global de la crisis

presenta sobreproducción efectiva o potencial, sobreacumulación de capitales para los que el planeta es cada vez más pequeño, desorden productivo mundial, subconsumo de las masas pobres (periféricas), consumo de lujo de las élites y finalmente parasitismo centrado en la especulación financiera pero con prolongaciones mafiosas, militares, etc.

La sobreproducción asume diversas formas, todas ellas expresiones de la “enfermedad general del sistema” (p. 296).

En este escenario de destrucción global de fuerzas productivas y de apropiación y concentración de la riqueza; en el marco de una crisis capitalista, o si se prefiere en el contexto de un sistema que al parecer se ha estabilizado en su inestabilidad y que consigue recuperar su equilibrio a partir de desequilibrar todas y cada una de las esferas de socialidad, el autor propone que está ocurriendo algo que ya estuvo presente en otros casos históricos de declinación imperial: un proceso de sobre-dimensionamiento estratégico.

El capitalismo consigue su reproducción, pero sobre la base de producir formas cada vez más degradantes, parasitarias y decadentes de funcionamiento. Pero..., y a todo esto ¿dónde quedó la alternativa?

*José Guadalupe Gandarilla Salgado**

* Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM.